

sorte mas enérgico para la sociedad. ¿Porqué la prensa puede consolidar los gobiernos ó derrocar las instituciones? Porque la elocuencia domina las pasiones, y las pasiones mueven al mundo. Será ella, por tanto, un poder tiránico ó un poder benéfico y regulador. ¿Cómo caracterizar pues este influjo? Tomando los dos puntos extremos de la línea que recorre. ¿Parte de la moral? ¿tiende á la virtud? En este caso la solución pertenece por entero á la dicha de los Estados. Pero si no es así, la elocuencia es un poder anárquico, es un torrente de fuego precipitándose sobre un campo lleno de combustibles.

Dar un principio noble, un objeto digno y una sábia dirección á los vehementes impulsos de la voluntad humana; tal es el genio de la elocuencia. La moral tiene la soberanía sin duda, porque encierra la lei y la sancion; pero la elocuencia será siempre su primer ministro. La elocuencia pues, desarrolla un poder. ¿Queremos medir su extension? computemos su fuerza motriz. ¿Es la moral filosófica? el movimiento será tortuoso, parcial, precario; porque, como ha dicho un filósofo, *el amor exagerado de si mismo será siempre el peor enemigo del amor de los otros.* ¿Es la moral verdadera? El movimiento será perpetuo, el orden estable, la economía perfecta y la marcha regular y constante; porque si una moral que se funda en los intereses, es esencialmente egoista; una moral que se funda en los sacrificios, es esencialmente social.

Pero vengamos á los modelos: desde luego se nos anuncia una cuestion muy importante. ¿La elocuencia moderna se ha elevado sobre la elocuencia antigua? ¿Es igual, ó es inferior á ella? Para resolver esta cuestion, permítansenos que, poniendo aparte nuestros principios católicos con esa imponente galería de obras maestras que ellos han creado, esperemos que la filosofía conteste, sacando á plaza sus declamaciones y sus novelas; y creemos, que la solución será muy humillante para la sociedad moderna. Pero contemos con el principio teológico, y digan lo que quieran sus enemigos, veremos á la elocuencia en todos sus géneros elevada por el influjo de la Iglesia hasta una altura que ni columbrar pudo la sábia antigüedad. No nos ocuparemos por decontado en la cita de los grandes nombres; no llamaremos la atención hácia los siglos del oro del cristianismo; tampoco nos empeñaremos en contemplar las épocas ilustres que siguieron al renacimiento de las letras; no presentaremos á nuestros lectores el bello contraste que ofrece la lengua griega en los oradores del cristianismo, con la miserable languidez con que

hoi se arrastra en esas naciones que no han querido dejarla en el catálogo de las lenguas muertas; porque en cuestiones de esta naturaleza, es preciso abandonar el individualismo de los hombres célebres, para poder mirar frente á frente el movimiento general de las ideas, el carácter de los siglos y de las naciones. Bástenos decir sobre este punto, que si al hacer la sociedad su transición á nuestra Era, hubiese contado solo con los elementos antiguos de parte del talento, y con el teatro moderno, es seguro, no lo dudemos, que se hubiera debilitado y aun extinguido hasta el interes de sus primitivos recuerdos. La idea de estar mas adelante, porque se ha venido despues, podrá ser un brillante sofisma, pero nunca un sólido argumento. ¿Se quiere una prueba? Digase, pues, si pudiera hombrarse la elocuencia de los tiempos de Séneca con la elocuencia misma en la época de Marco Tulio, de César y Caton.

¿Dónde están las ventajas de la elocuencia moderna sobre la elocuencia antigua? Primero, en el pensamiento; segundo, en los medios de persuadir; tercero, en la extension de su objeto; cuarto, en la importancia de sus resultados. No creemos que haya uno solo capaz de oponer el saber antiguo al saber moderno: en este punto no puede haber cuestion. Filosofía, Moral, Política, Legislacion &c.; todo ha cambiado, haciendo una transición de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida. Tratándose del saber, no encontramos tanto orgullo, ni un carácter tan paradójico en el célebre escritor, que sorprendido á la vista de la magnificencia y brillo con que se presentan las ciencias, las letras y las artes en las mas ilustres épocas modernas, no volvió una mirada hácia la antigüedad, sino para manifestarnos, que habia encontrado á *Athenas salvage* y á *Roma bárbara*.¹ Pero este saber, que consiste todo en el gran cuerpo de las doctrinas, no es mas que el resultado consiguiente á ese movimiento sublime que ha traído la razon del cristianismo, girando sobre los dos polos de la inteligencia y la fe.

Los medios de persuadir, esto es, los argumentos, las costumbres y las pasiones, han debido modificarse mucho en la sociedad moderna; y esta modificación, aunque no puede negarse que es poco favorable para excitar con viveza las pasiones, es inconcusamente mas racional, mas filosófica, mas digna y mas conforme á los grandes fines de la elocuencia.

“¿Qué se necesita, decia Buffon, para arrebatrar tras de si á la muchedumbre vulgar de todo un pueblo? ¿qué se

¹ SEGUR.

necesita para deslumbrar y persuadir á la mayor parte de los hombres? Un tono vehemente y patético, expresivos gestos, palabras rápidas, fulminantes y sonoras: pero si se trata de aquel corto número de personas dotadas de exquisito gusto y delicado tacto, para quienes valen poco el tono de la voz, el vehemente accionado y la vana inflexion de las palabras, ya entónces se requieren pensamientos y raciocinios; ya es preciso entónces saberlos presentar, y además, saberlos variar y coordinar."¹ Hablando, pues, con la limitacion que es conveniente, para no propasarse á ideas exageradas, y por lo mismo erróneas, puede decirse, que el orador académico establece en este lugar las diferencias mas características entre la elocuencia de los antiguos y la de los modernos, principalmente en las últimas épocas. El pueblo siempre es pueblo; pero es preciso convenir en que creencias mas uniformes, mas consecuentes, mas bien relacionadas con la inteligencia, y una civilizacion mas depurada y mejor difundida, han dado aun á la elocuencia popular un carácter ménos vehemente, pero mas culto y sobre todo mas demostrativo. Hablando de la elocuencia tribunicia y forense, de la elocuencia parlamentaria y de nuestro género exornativo, poco debemos empeñarnos en probar que ha mejorado notablemente la institucion. Se advierte que á medida que los Estados son mas cultos, la imaginacion y las pasiones obran con mas aplomo en la elocuencia, y si se ha perdido mucho de las fuertes vibraciones del corazon, se ha ganado más, en verdad, exactitud, conveniencia, justicia y utilidad. Los intereses mas caros del individuo y de las naciones no pueden ya sostenerse con solo el poder de un orador célebre: hai mas, la misma celebridad corre mucho riesgo, si no desciende al terreno de lo positivo, ni transige con los intereses y las exigencias frias, por explicarnos así, pero estrechas y urgentísimas de los pueblos. Hechos y consecuencias, he aquí la elocuencia moderna: obras y no palabras, he aquí el tema universal del cristianismo. El principio católico se halla pues de acuerdo con los intereses de la sociedad; su influjo alcanza hasta los que mas le combaten; y si la elocuencia profana es mas fecunda en verdades, mas sólida en pruebas, mas sobria en el uso de las formas, mas reatada en las costumbres y mas medida en las pasiones, demos las gracias, por ventajas tan positivas, al gran principio católico, único que pudo regenerar en to-

¹ Discurso pronunciado en la Academia francesa, el día en que fué recibido socio de ella.

do sentido la sociedad. Mas la elocuencia moderna, creciendo mucho á la imaginacion y á las pasiones, ha dilatado prodigiosamente la esfera de su accion, dando mayor extension á su objeto y generalizando el interes de sus resultados. Dirijámonos á la antigüedad: recorramos las arengas de Isócrates, Esquines y Demóstenes, los discursos de César y Catón, y la galeria de obras maestras oratorias que legó á la admiracion de la posteridad el genio del orador romano. Admiramos la perfeccion de tantos grandes modelos; pero preguntamos: ¿conservan este carácter para nosotros? ¿hai en todo esto la extension, universalidad, verdad &c. &c. que requiere la sociedad moderna? Esta perfeccion oratoria es histórica, no nos cansemos, pero no es esencialmente social, no es rigurosamente científica: porque relativa siempre y del todo á ciertas situaciones de la sociedad, no podria adaptarse con fruto, y aun sin ridiculo, á nuestras juntas deliberantes, á nuestras relaciones diplomáticas, á nuestro interes por lo positivo en la grandeza del talento y del heroismo, á la fria severidad de nuestros magistrados. No presentaremos por cierto gran pábulo á la sensibilidad en una galeria de oraciones vehementes y apasionadas sobre puntos y objetos singulares; pero abriendo los fastos de la elocuencia moderna, enumeraremos las academias é institutos científicos, notaremos el paralelismo de la imaginacion, el raciocinio y el sentimiento en la elocuencia académica, llamaremos la atencion general hácia todos los códigos, fijándola muy particularmente en los últimos que se formaron en Francia, y por fin, prescindiendo, por no ser prolijos, de citar uno á uno á los oradores modernos, nos convertiremos hácia esa region inmensa, donde la elocuencia moderna en todos sus ramos pasea delante del mundo su vuelo magestuoso y tranquilo, encadenando ménos la admiracion que el reconocimiento de todo el género humano. Verdad es que los abusos siguen tambien la razon de la sociedad; pero tengamos presente que las declamaciones frenéticas de la tribuna revolucionaria no se recuerdan sino para maldecirlas, y que el desentono de la palabra que ha consagrado algunas veces nombres funestos en la boga del momento, no ha sido parte á salvarlos, ni á ellos, ni á sí, del desprecio de la posteridad.

No nos proponemos detener nuestra atencion en la elocuencia sagrada: sus caracteres inimitables, su accion inmensa, su poderío divino, su influencia irresistible, su fecundidad infinita, no son para tocarse rápidamente; mas por fortuna tampoco exigen demostracion. Sin decir pues otra cosa,

sino que en el púlpito, en los libros, en los consistorios, en los concilios, y tambien en las asambleas deliberantes sobre objetos de su resorte, ha dado pruebas irrecusables de su grandeza, y ha formulado aun en el órden profano la verdadera elocuencia moderna; pasemos desde luego á decir algo sobre la poesía y las bellas artes.

Sin duda alguna, que si hai un ramo en que las mas bellas facultades de nuestro espíritu campeen con mayor soltura y desembarazo, y obren con una libertad casi ilimitada, este ramo es la poesia. Desde los tiempos en que la severa critica del clasicismo habia dado un código á la imaginacion y al ingenio, ya se veia consignada, como un derecho incontestable, la omnimoda libertad concedida por el buen gusto á los pintores y á los poetas. Ni el órden lógico, ni la sucesion histórica, ni aun la verdad absoluta eran cosas exigidas en sus obras; pero atendiendo al comun objeto de todas las producciones humanas, siempre se creyó que era una lei imprescriptible la moral, así como tambien la verosimilitud. Bajo el artificio de personajes fingidos, de sucesos inventados y de pasiones supuestas, los poetas han tenido el deber de pintar y mejorar al hombre, de aleccionar, pulir y moralizar la sociedad. Bajo cualquier aspecto que la poesia sea considerada, ella carecerá siempre de objeto, de interes y de gloria, si no parte de la religion, camina por la religion y se dirige á la religion. Y no se imagine, que al explicarnos de esta suerte, intentamos traer á la Iglesia toda la poesia, ó desconocemos interes en la que no sea sagrada, ó proscribimos las muchas y diversas especies en que los maestros del arte han distribuido la poesia profana. No: queremos que este bello timbre de espíritu humano no se condene á sí mismo á la penosa esterilidad de un talento que, léjos de contar con el noble estímulo y el estro sublime de la religion, se esfuerza por sacudir el saludable freno de la moral. Nuestro asunto es vasto, pero sujeto por la lei de un discurso, donde no entra, sino como una pequeña parte, á ocupar un lugar estrechísimo, no nos permite, sin duda, el mas pequeño desarrollo, cuando por otra parte se complica de una manera tan cardinal con las mas célebres cuestiones de nuestro siglo.

Si se trata de la naturaleza fisica pintada por el genio, y magnetizada, digámoslo así, por la imaginacion, téngase presente que el historiador, el pintor y el poeta vendrian á confundirse en un mismo rango, si estuviesen todos limitados á la mui estimable, pero poco fecunda tarea de describir. Se ha perdonado sin duda al célebre Buffon, que no

tenga la exactitud geométrica, por explicarnos así, de Linceo, ni el carácter mas reposado y filosófico de otros: porque reuniendo al genio de la ciencia el talento de escribir, como advierte La-Harpe, derrama todos los encantos de un bello estilo sobre un escrito, que por su clase, pertenece mas bien al género didáctico. Y si la naturaleza, para valernos de la significativa frase de Juan Andres, se pavonea de verse pintada por Buffon; ¡cuánto no exigirá del poeta, que no la describe, sino para trasportar el alma con sus primores y sus encantos! ¡Para cuándo se quedarian los bellos contrastes, los tiernos recuerdos, las felices armonías, las relaciones inefables de los tres mundos, si no habian de venir todos á pagar su tributo al maravilloso poder de la poesia descriptiva? Si en este bello asunto no ha de ser la naturaleza un intérprete feliz entre Dios y la primera de sus criaturas, la poesia quedará degradada, y en vez de ser la hija del cielo, tendrá siempre que arrastrarse por el fango de la tierra. Esta necesidad de fe, esta lei del misterio, que parecen inseparables de la inspiracion poética, divinizaron la naturaleza toda en los siglos del paganismo, y como si el poeta se hubiese desdeñado de ponerse á nivel con objetos puramente terrenos; despues de haber hecho los honores divinos al primero de los astros, encontró á los dioses en las espesuras de los bosques, en las corrientes de los rios y en el profundo abismo de los mares. ¡Qué triste es la naturaleza, cuando no se halla en relaciones estrechas con nuestros pasados recuerdos, nuestras condiciones presentes y nuestro encantado porvenir! Y ¡dónde sorprender estas relaciones misteriosas y sublimes, si abandonando el pensamiento religioso, extinguimos la antorcha feliz que nos muestra el mas bello prisma con que puede admirarse, sentirse y amarse el cuadro magnifico de la creacion?

Y ¡qué dirémos de la poesia lírica, cuando hasta en la misma didáctica exigimos el colorido y el sentimiento, para pagar al poeta los tributos que nos pide cuando descende con su imaginacion hácia los objetos exclusivos del raciocinio! La poesia lírica se engolfó toda en el mar inmenso de las pasiones. Ora las pinte para debilitar su poder, haciéndonos temblar á la vista de sus estragos,¹ ora las muestre sometidas al imperio del heroismo, para hacernos admirar

¹ La codicia en las manos de la suerte,
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.

el carácter sublime de la virtud, ¹ su materia son siempre las pasiones: materia indómita, si el genio que la maneja no viene robustecido por la moral y autorizada por el cielo. ¿Querriamos ver ocupada la poesía lírica en enseñar el arte maligno de corromper el corazón, ó en burlarse del pudor bajo el pretexto aleyoso de suministrar antídotos para extinguir la llama de las pasiones funestas? Bien sabemos que, ya para desenfrenar las pasiones, ya para estimularlas con remedios aparentes, no es un hecho nuevo la aparición de poetas desvergonzados y escritores prostituidos, cuando todavía se entretienen los amigos de las letras con los tristes clamores que partían desde el Ponto hasta la corte de Augusto, á interesar la clemencia del César con las protestas inútiles de un tardío arrepentimiento; pero también sabemos, que para oprobio de la civilización moderna, no tiene ya otra retentiva que la venganza y el despecho, la desmesurada procaacidad, la insoportable coquetería y la inmunda licencia de la música lírica.

Hablando de la epopeya, bien se comprenderá que, sin descender al mecanismo del particular artificio de un poema, queremos referirnos principalmente al genio que inventa, al talento que fecunda y distribuye, y á la sociedad misma que se franquea tanto al uno como al otro, para que no se pierda en miserables juegos de espíritu y agote en chistosos epigramas ese poder sublime de concepción, que ha hecho la gloria de Homero, de Virgilio y del Tasso. El talento y el genio desprovistos de fe, podrán sorprender y divertir con el descubrimiento de tales ó cuales relaciones exquisitas, ó con la brillante combinación de los elementos comunes; pero nunca ennoblecer los sentimientos, elevar el alma, arrobar las potencias y encadenar, por decirlo así, todo nuestro ser bajo el poder irresistible de esas concepciones que sacando al hombre de su propia esfera, se han visto como partos de una razón sobrelumana, y calificado con el nombre de divinas. Si, aniquílese la fe, y la poesía épica muere, y muere de consunción. ¿Qué queréis que invente un genio, cuando no cuenta con su fe propia, ni con la fe de los pueblos? La poesía épica sobre todo, tiende á dominar los acontecimientos, haciéndolos entrar todos con sus respectivas órbitas en ese círculo inmen-

¹ Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?

El mismo. Epístola moral.

so que el eterno Geómetra ha trazado al rededor del mundo moral, y dentro del cual giran sin tocarle siquiera, pero sin embarazarse nunca, las vicisitudes privadas y las revoluciones desastrosas, la suerte de los individuos y el destino de las naciones. De este fondo común, que es todo providencial y todo moral, saca sus tesoros la alta poesía. Ora escuchemos el canto del poeta junto á la corriente de Eufrates, ó las márgenes del Simois; ora recorramos con la mente los destruidos palacios del viejo Priamo, ó las encadenadas ruinas de la antigua Jerusalem, nuestro juicio queda comprobado. Esa perseverancia en una grande empresa no ha labrado nunca la corona del héroe para ceñir las sienes de un ateo, y ese poder de genio, que dejando muy atras al historiador, levanta las empresas augustas hasta la region de la poesía, no será nunca lo que puede, sino en un espíritu que haya tenido siempre cuidado de ir á buscar lo maravilloso, lo grande y lo sublime en la region del misterio, en los amplios reservatorios de la fe. El historiador podrá ver lo pasado, si se quiere, con los ojos del geómetra, recorrer lo presente con los ojos del filósofo, y fijarse en el porvenir con la prevision del político; pero, reunid en un punto los talentos de Euclides, de Aristóteles y de Platon, y estamos seguros de que no produciréis la Iliada; ni la Eneida con los talentos de Tácito, de Ciceron y de César, ni tampoco la *Jerusalen* con todo el poder científico de Galileo, con el talento crítico de Muratori y la sagacidad profunda y maligna del célebre Maquiavelo. Se necesita algo mas, se necesita genio, gusto, teatro y fe; y estas cuatro cosas se hallan de tal suerte sometidas á un círculo común de necesidades, que nada puede conseguirse cuando falta una sola de ellas. ¿Queréis un genio sin gusto? Lope de Vega poco tiene que envidiar á los primeros del mundo. ¿Queréis un teatro sin genio? ahí está la Europa en el tiempo de las cruzadas. ¿Queréis un genio con teatro y sin fe? Citarémos aquí á Voltaire para omitir á otros muchos: siendo de notar, como lo ha demostrado el Vizconde de Chateaubriand, que si este poeta no carece de bellezas de primer orden, es porque su incredulidad mas de una vez tuvo que sucumbir á la irresistible, á la imperiosa necesidad de la fe.

El poeta puede pintar para prostituir; y en este caso le basta un talento mediano, una alma vulgar y una sociedad gangrenada; pero puede cantar para encarecer la virtud, crearle adictos y levantarle altares; mas ya entónces necesita de atractivos superiores á los muy irresistibles de las

pasiones humanas, y de apagar la sed insaciable de criminales deleites con el nectar delicioso de la moral, ministrado en la apreciada copa de oro de la poesía. Si un talento mediocre solo quiere ver heladas fórmulas en ciertas precauciones de los poetas épicos; para despreciarle, basta pensar en el rango que ellos ocupan, y echar una ojeada sobre las primeras páginas de los poemas que mas admiramos en la antigua y moderna Literatura. Muéstranse todos ellos oprimidos desde el principio con el poder de su asunto, y recurren desde luego á iniciarse en los misterios, para conquistar la inspiración que necesitan. Los alemanes y los ingleses, que no han sido por decontado los mas fieles sectarios del clasicismo, nos proporcionan dos nombres célebres, y dos poemas admirados. Milton y Klopstok, la Mesíada y el Paraíso perdido serán siempre testimonios irrecusables en favor de la fe.

¿Y nada diremos de la poesía dramática? Ella, como es notorio, hace consistir todo su mérito en encarecer la virtud y corregir el vicio, es decir, en un objeto eminentemente culto y altamente civilizador. El hombre moral, así en su condición privada como en sus relaciones públicas y sociales, es el reservatorio donde el poeta dramático se fecunda; y el drama no ha decaído, principalmente la tragedia, sino desde que los poetas, cambiando de rumbo y de objeto, y prefiriendo el interes pecuniario al amor de la gloria, y la boga de una sociedad corrompida al sufragio de una posteridad sensata, han querido suplir con la monstruosa y funesta graduación de horribles, sangrientas é inmorales escenas, el interes que inspiraba el genio favorecido por la religion, con las felices pinturas de las pasiones humilladas ante el irrevocable juicio de los pueblos, el poder perseguidor de los remordimientos, la voz imperiosa de la conciencia ó el grito aterrador de la fe. Ya vemos que faltan distinciones á la sociedad presente, para explicar su entusiasmo en favor de Alejandro Dumas, Victor Hugo, Scribe y otros muchos poetas dramáticos de hoy. Pero en verdad: ¿qué juzgamos de ellos? ¿qué pronosticamos para su gloria póstuma? ¿dónde están los tesoros que dejan á la posteridad? ¿qué virtud han creado? ¿qué vicio han extinguido? ¿qué institución importante han impulsado, ó siquiera ennoblecido? ¿qué lágrimas han enjugado? ¿qué espíritu han formado? ¡Ah! hijos de la desesperación y sedientos al mismo tiempo de boga, quieren dominar la sociedad; pero desprovistos de fe, solo cuentan con los crímenes; y colocados en esta triste necesidad, buscan siempre la parte mas in-

munda de la humanidad para encontrar la inspiración, y despues de haber recorrido cuantos atentados y vicios contaba la historia en sus anales, y la moral habia cubierto con una prudente reserva para no acanecer al mundo, los inventan nuevos, enseñando todos los días á la sociedad mil inauditos medios de corromperse, de prostituirse y de aniquilarse. ¡Triste condicion, por cierto: huir siempre del orden, de la regularidad y de la virtud, para recrearse en el cuadro de las miserias humanas, y hasta en la posibilidad de los crímenes, como esas aves asquerosas y funestas que abandonan siempre los deliciosos prados y los magníficos bosques, para vivir en los desiertos y buscar algunos restos inmundos en que saciar su hambre rabiosa!

Hemos demostrado la necesidad del principio teológico en las ciencias, que tienden exclusivamente á la verdad. Pero las ciencias, las mismas ciencias no correrian tanto riesgo como la poesía: porque al fin, ellas caminan sobre los hechos y á la luz del raciocinio: no les incumbe la precisión rigurosa de la novedad, ni entra en sus atributos el crear cosa alguna, ni ménos se hallan comprometidas á volar siempre por la region inaccesible de la sublimidad y la grandeza. Pero, ¿que hará el poeta sin fe? ¿Qué inspiraciones podremos esperar del escepticismo de la inteligencia, del materialismo de la razon? Sin fe, no hai maravilloso poético; sin moral no hai caracteres ni para la epopeya ni para el drama; sin religion no hai sentimientos. ¿Con qué reemplazará pues el poeta esta inmensa falta? ¿Cómo producirá esas gracias siempre antiguas y siempre nuevas, que se admiran sin esfuerzo, se apuran sin fastidio, se repiten siempre con trasporte, y parecen ser tan fecundas, como inmenso es el corazón? ¡Ah! cegada esta fuente del verdadero sublime, el poeta tendrá que venir á la miserable region de la moda, y buscar en el artificio mecánico de las decoraciones el interes que no puede encontrar ya en el carácter dramático de su asunto: impotente para ligar con la cadena de oro los sentimientos mas nobles y mas íntimos del alma, se ocupará todo en el manejo de las sensaciones físicas, reduciendo el arte á brutales narraciones y atroces pinturas, para producir en el pueblo aquella barbarie que los antiguos poetas se propusieron estirpar con sus cantos.¹ Por esto Dumas, Hugo y otros, "no con-

¹ Silvestres homines sacer interpresque Deorum
Cædibus et victa fædo deterruit Orpheus;
Dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones;

mentos, dice un escritor moderno, con el material de las decoraciones y los efectos de la escena, añadieron aun el lujo de los incestos, de las violencias y de los asesinatos..... Por esto Victor Hugo, creyendo al parecer que el vicio es siempre grande, y mas grande mientras es mas atroz, y queriendo añadir la ingenuidad al crimen, le rodea siempre de circunstancias y pormenores vulgares. ¿Qué resulta de aquí? un drama no se distingue ya de la corte de lo criminal, porque sus héroes son grandes cocineros vulgarísimos, que dan violentas puñaladas, diciéndose injurias dignas de las tabernas. Es una María Tudor, que á la faz de toda su corte, llena de los mayores ultrajes al hombre en cuyos brazos descansaba en la misma mañana: es una Lucrecia Borgia, que cuenta sus amantes pasados por el número de los sepulcros que preventivamente ha hecho preparar: es un Francisco I, que se embriaga en las tabernas, y emplea el lenguaje que de ellas es propio.”¹

Dictus et Amphion, Thebanæ conditor arcis,
Saxa movere sono testudinis, et prece blanda
Ducere quo vellet. Fuit hæc sapientia quondam
Publica privatis secernere, sacra profanis;
Concubitu prohibere vago, dare jura maritis;
Oppida moliri; leges incidere ligno:
Sic honor et nomen divinis vatibus, atque
Carminibus venit.....

Horat. epist. ad. Piss.

Intérprete del cielo, el sacro Orfeo
De la vida salvaje y mutuo estrago
Alejó con horror á los mortales;
Y por eso se dijo que su lira
Logró amansar los tigres y leones:
Cual á Aníon la fama le atribuye,
Porque de Tebas levantó los muros,
Que al eco de su citara movía
Las piedras de su asiento, y que do quiera
Con seductor encanto las llevaba.

El saber de los tiempos primitivos
Tuvo objetos augustos: poner linderos
Al público derecho y al privado,
A las cosas sagradas y profanas;
Vedar la vaga union de entrambos sexos,
Dar al lecho nupcial fueros y norma;
Edificar ciudades; grabar leyes
En duraderas tablas.... Asi un día
Sacros honores y divina gloria
Alcanzaron los vates y sus versos.

Traduccion de Martinez de la Rosa.

¹ Tableau de la Littérature au XVIII siècle. Tom. I.

¿A dónde iríamos á parar, si apoyando la crítica literaria en los objetos morales y políticos que debe tener la poesía, y muy particularmente la epopeya y el drama, caminásemos en pos de lo positivo y útil que por espacio de un siglo nos haya producido esa funesta galería de ingenios malogrados y prostituidos, que sacudiendo el freno de la moral y abandonando el yugo de la fe, se han engolfado en esa especie de inmensidad que siempre halla un genio perverso y un malvado brillante en una sociedad ya gangrenada por el materialismo y la indiferencia religiosa?

Los menos adictos á la escuela teológica han reconocido dos cosas que apoyan enérgicamente nuestras convicciones: primera, que la religion imprimió á la Literatura ese carácter de magestad y grandeza que bastó para eternizar el siglo de Luis el grande: segunda, que el décimo-octavo fué de una verdadera decadencia producida principalmente por la filosofía escéptica y el desorden social, en que se inoculó toda su Literatura. “El genio literario del siglo décimoséptimo, dice Villemain, se habia formado bajo tres influencias: la religion, la antigüedad y la monarquía de Luis XIV. De estas causas muy diversas, no ménos que del espontáneo y vigoroso vuelo de una nacion jóven y fuerte, salió aquella grande escuela de gusto y de elocuencia, que no será excedida jamas. Las influencias que dominaron la Literatura del siglo XVIII, son al contrario, la filosofía escéptica, la imitación de las literaturas modernas y la reforma política.”¹ Este mismo escritor busca en vano en las escuelas modernas cosa alguna que oponer á la inspiracion lirica que debió Prudencio al triste, al sensible cuadro de los inocentes sacrificados por Herodes. Cita el *Salvete flores Martyrum*, y no teme asegurar, que el encanto de entusiasmo y de fe que nosotros vemos como los dos primitivos elementos del poeta, son la verdadera causa de tantas bellezas. “Cuando la Europa, dice, vuelta á la barbarie, empezaba á esclarecerse, y el espíritu del Dante flotaba sobre el caos, la poesía lirica, saliendo del templo, quedó toda cristiana y religiosa.”

Concluamos con una cita de la primera importancia; porque se trata de un escritor, que si no tiene la primacía, tampoco se halla colocado en el segundo rango de los de su género. “Las relaciones del cristianismo con la poesía y con el arte de la exposicion son de la mas alta importancia, cuando se pregunta cuáles son en general las de la ci-

¹ Du Theatres en Europe. et du drame. REVUE BRITANIQUE.

vilización de los modernos con la de la antigüedad, y hasta qué punto se ve obligada aquella á luchar contra esta última, para llegar al mismo grado de perfección. ¡Qué fueran una poesía y un arte que se limitasen á reproducir como sombras esas figuras y formas de la antigüedad cuyo espíritu ya no existe, ó que quisieran exponer la vida actual y moderna, pero permaneciendo siempre en la superficie, y sin tocar jamás el centro más profundo de todas las ideas y sentimientos propios de la Europa moderna? De ahí los esfuerzos siempre renacientes de los pueblos, de los siglos enteros y de tantos ingenios, para exponer y embellecer el cristianismo, no solamente en las artes, si que también en la poesía."

"La verdadera respuesta á la importante cuestión que he indicado, me parece hallarse en la observación que antes he hecho, que la exposición indirecta del cristianismo, que la influencia mediata de su espíritu sobre la poesía, es, si no el manantial exacto y verdadero, á lo menos incontestablemente el que hasta ahora ha sido más seguro y ha tenido mejor éxito...."

Tal vez no podríamos ser tan explícitos, tratándose de las bellas artes, porque el espíritu del siglo resiste naturalmente el carácter histórico y filosófico de nuestro argumento. No entraremos por lo mismo en una positiva discusión sobre este punto; pero trasladándonos con la mente á la capital del mundo cristiano, quisiéramos que esos nuevos filósofos que han levantado su bandera contra el catolicismo, contestaran sencillamente y categóricamente á esta simple pregunta: ¿por qué motivo no hai quien dispute á Roma el primado de las bellas artes? Y notad, que no somos nosotros ni tampoco una persona que pueda infundir graves sospechas á los partidarios entusiastas del filosofismo, quien ha hecho á Italia los más poéticos honores, hasta el extremo de asegurar que todo el género humano ha estado mil veces sometido á Roma, no ya por el poder que sus primeros conquistadores desarrollaban en el campo de batalla, sino muy particularmente por el dulce é irresistible influjo de sus bellas artes. La Baronesa de Stael ha hecho decir á Corina, que Roma conquistó al universo por su genio; que el carácter de esta nación se imprimió sobre el mundo; que Italia reapareció con los divinos tesoros que los griegos fugitivos trajeron á su seno, y elevándose á la mayor altura, empuño á la faz del mundo el cetro del pensamiento: que sus pintores y sus poetas criaron para ella

¹ SCHLEGEL, Historia de la Literatura antigua y moderna: Cap. IX.

una tierra, un olimpo, infiernos y ciclo. Recuerda el nombre de Petrarca ceñido con la corona poética; señala en nuestros misterios religiosos la gloria del Dante, y tiene cuidado de apuntar el funebre ciprés de donde están pendientes los lauros póstumos del Tasso. Miguel Angel, Rafael, Perugineso encabezan la brillante galería de los artistas célebres; mientras por otra parte, el coliseo, los obeliscos, todas las maravillas que desde el centro del Egipto y de la Grecia, desde la extremidad de los siglos, desde Rómulo hasta Leon X, se han reunido en aquella tierra clásica, como si la grandeza atrajese á la grandeza, parece que han apilado sobre los muros de los palacios pontificios todas las antiguas glorias y todos los bellos siglos de las letras y de las artes.

No somos tan avaros, que mientras en este bello asunto reclamamos para Dios lo que es de Dios, rehusemos al mismo tiempo al César lo que es del César. Conocemos que los soberanos temporales han tenido una parte no pequeña en los maravillosos progresos de las bellas artes; y sabemos también, que en los más ricos museos de la Europa figuran con el esplendor que les corresponde los monumentos que ha consagrado el genio del artista, no solo á nuestros asuntos sagrados, sino á los más señalados cuadros de la historia profana. Pero recordamos al mismo tiempo, sin temor de menoscabar la gloria de tantos soberanos ilustres, que cuando el mundo moderno se sorprendía con los monumentos del arte, los principios católicos entraban sin repugnancia en la ciencia política, y el genio del cristianismo brillaba con magestad, no solo en las moradas de los Pontífices, sino también en los palacios de los Reyes. Una palabra más, y concluimos. Invadió el protestantismo la tierra, y las bellas artes quedaron reducidas á una condición bien humillante. "Cortó, dice Chateaubriand, las alas al genio, y le hirió por el pie. La religión católica ha cubierto al mundo con sus monumentos: á ella se le debe esa arquitectura gótica que rivaliza por sus pormenores, y borra por su grandeza los monumentos de la Grecia. Tres siglos ha que nació el protestantismo; su poder es ya muy notable en Inglaterra, en Alemania, en América, y millones de hombres le practican: ¿qué monumento ha levantado? Os mostrará las ruinas que ha hecho: entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas."

¹ Etudes historiques. Preface.

VI.

Pero, si es muy sensible la influencia del principio teológico en el buen cultivo de esos conocimientos que se han pretendido suprimir de la serie de los estudios eclesiásticos; no es menos incontestable la suficiencia de la educación religiosa para formar al hombre social. Ya se trate del primero y más importante objeto de la educación, que es formar el carácter y las virtudes, ya se considere su parte menos esencial pero muy útil, que es la cultura y el pulimento del trato, ¡quién, sin una estúpida ingratitude é ignorancia, rehusaría la capacidad para conseguir ambas cosas á una institución que ha esparcido las virtudes por toda la tierra, estirpado la barbarie, creado las modales finas y caballarescas, y por último, civilizado al mundo! Mas para comprender la suficiencia omnimoda de la educación eclesiástica, basta comparar la eficacia de sus medios con la impotente solicitud de la urbanidad filosófica.

Si en las ciencias la Iglesia con sus principios desenvuelve una influencia universal mas ó menos directa, en las costumbres es evidentemente el todo; pues á ella pertenece por entero cuanto puede referirse á la marcha de la conducta, al cultivo de las virtudes y á la perfección moral de las naciones. Sus principios, sus máximas y sus prácticas, tan antiguas como incontrastables, han pasado ya por todas las pruebas: diez y nueve siglos cuentan de victorias; y la opulencia de los Estados, á par que las revueltas políticas y las vicisitudes de los pueblos, sirven igualmente para dar fin y consumación al magnífico aparato de ratiocinios evidentes, y de altas y continuas experiencias, con que muestra sus títulos y comprueba su misión de formar el carácter del individuo, engendrar el buen sentido de las masas y enderezar á la perfección la marcha progresiva de la sociedad. Nosotros bien sabemos que en diferentes épocas, y muy principalmente hoy, se la ha disputado esta noble prerogativa, y no han trascurrido muchos meses desde que la prensa mejicana empezó á levantarle un proceso, con el fin de arrancar de las manos de sus ministros la educación de la juventud. No nos proponemos defender aquí la causa del clero respondiendo directamente á los cargos que le han hecho sobre este punto algunos periódicos del país, sino mostrar las relaciones que existen entre la educación eclesiástica y el bien estar político y civil de las naciones.

La Iglesia pone al frente de sus máximas un importante principio práctico, que por desgracia se ha pretendido abolir desde el funesto siglo décimooctavo: *En materia de enseñanza cuanto baste; en materia de educación cuanto se pueda.* No saber mas de lo que conviene, seguir la carrera de los conocimientos sin traspasar los términos de la sobriedad; he aquí lo que la Iglesia nos enseña con San Pablo. ¡Máxima sublime! ¡baluarte inexpugnable contra el poder maligno y destructor que una razón exagerada puede desarrollar contra la sociedad! Por desgracia la condición miserable y abyecta de las masas en los pueblos mas cultos y opulentos de la Europa nos ha hecho distinguir en este pasaje del Apóstol de las gentes, no solamente la doctrina del maestro, sino tambien la voz del profeta. Traspasaron las letras los límites de la sobriedad cristiana, y el mundo filosófico volvió al caos del escepticismo, como el mundo político brotó de sus polos al torbellino desastroso de revoluciones interminables. Sacaron las artes el pié de la línea que la sobriedad cristiana tiró para demarcar su carrera, y el monopolio, enseñoreándose de los campos y de los talleres, redujo al ocio á infinidad de brazos, condenando á la clase laboriosa é indigente á presenciar los soberbios triunfos de la avaricia sobre la humanidad. De este modo se reconoce, aunque tarde, que la Iglesia tiene con sus máximas las llaves de la prosperidad pública; que en materia social los gobiernos deben sin duda comenzar por la educación, mediar por la virtud y concluir en el bien comun de los pueblos. Pero la educación, la virtud y el bien, se han buscado en vano fuera de la Iglesia desde que una voz divina comunicó á sus ministros la misión benéfica y sublime de difundir la luz y la felicidad por todo el universo. Desde entonces la *filantropía* anda perdida en los vocabularios; mientras la *caridad* corre con los siglos, anima las generaciones y rebosa de la tierra.

Se ha creído hacer un descubrimiento desde el último siglo con separar la enseñanza de la educación, mientras la Iglesia, viendo con una compasión maternal este vanidoso tartamudeo de la filosofía, vuelve sobre sus antiguas máximas, para exponer por la milésima vez al público desprecio el delirante orgullo de los sabios del siglo. Es muy triste por cierto, ver que al cabo de seis mil años no se haya podido comprender, que el hombre debe instruirse educándose y educarse instruyéndose, bajo la pena de violentar su naturaleza y exponer sus facultades á ser la víctima, ó cuando menos, el miserable juguete de los capri-

chos filosóficos; que los conocimientos deben caminar en su respectiva línea al mismo paso que las virtudes, bajo la pena de perder con sus caracteres de utilidad, sus títulos á la estimación, bien así como las virtudes suponen cierto desarrollo de la inteligencia en relación con su objeto, y por lo mismo cierto grado de instrucción. La Iglesia no ha confundido nunca las cualidades del espíritu con las prendas del corazón: la voluntad y el entendimiento siempre han sido para ella dos cosas diversas, como la ciencia y el carácter; y no puede citarse de ella un solo hecho que suponga identificado en lo especulativo y abstracto lo que ella sabiamente asocia y combina en lo práctico y concreto. ¿Qué ha sucedido pues? que mientras la filosofía, convirtiendo el análisis en una hacha de dos filos, ha reducido á pedazos la sociedad, despues de haber intentado dividir en infinitos fragmentos las ideas; la Iglesia católica no ha demarcado con exactitud las distinciones que la naturaleza indica desde los primeros lineamientos de la ciencia, sino para establecer, consolidar y perpetuar en la práctica esa unidad maravillosa que viene á refundir en el carácter los conocimientos y las virtudes del individuo, la civilización y las costumbres de la sociedad. Si, la Iglesia se ha levantado mas temprano que la filosofía, y formado desde el principio ese plan sublime de educación, vanamente combatido por los magníficos ensayos de tantos absurdos como se le han opuesto siempre con los hechizos de la novedad, el énfasis del orgullo y las ridículas pretensiones de una vanidosa ignorancia.

La Iglesia todo lo distingue en lo especulativo, todo lo combina en lo práctico; y por esto ella es la única que puede lisonjearse de poseer en efecto una educación física digna del hombre, una educación literaria digna de la virtud, una educación moral digna de la verdadera filosofía. Bajo este triple aspecto intentamos considerar su sistema, no ménos para demostrar la bondad de sus principios, que para hacer sensible la impotencia de la filosofía.

Comenzando por la parte física, la Iglesia se halla siempre en el medio, como la virtud. Tal vez ella ha comprendido mejor, que el hombre intelectual se desarrolla y crece á expensas del hombre físico, y al contrario; y por lo mismo, ella es también la única que, sin hacer alarde de sus ideas, sin plantear gimnasios, sin inventar palabras nuevas en vez de proteger la marcha gradual de la naturaleza, ha encontrado ese sabio temperamento que nos ha hecho admirar su maravilloso tino en una multitud innumerable

de grandes hombres que se han formado en su seno. La educación física exige: primero, medios de conservación; he aquí el alimento y el sueño; segundo, medios de incremento y desarrollo; he aquí los ejercicios corporales; tercero, medios de civilidad y cultura; he aquí el ornato y la decencia exterior. En estos tres puntos, ¿cuáles son los obstáculos? Tres principalmente: primero, las exageraciones y vicios que hacen inútil el alimento y aceleran la destrucción; segundo, el exclusivismo de la gimnástica, que cuando traspasa su órbita, parece forzar la naturaleza humana al carácter violento de una condicion puramente animal; tercero, el refinamiento de la moda, que comenzando por fijar la preferencia de la juventud en la parte puramente exterior, acaba por imposibilitar en ella el vigor de la inteligencia y la fuerza del carácter. En vista de lo expuesto fácil es concebir que el grande secreto de la educación física consiste, no precisamente en que los alumnos coman, duerman, vistan y ejerciten sus fuerzas; porque esto es muy poca cosa para elevarse á la condicion de un arte de la primera importancia; sino en que lo hagan todo con aquella sabia medida que la naturaleza viciada tiende á exceder, y que solo puede obsequiar la naturaleza ilustrada por la doctrina y corregida por la moral. La religion permite el alimento, y condena la gula; muestra en la sobriedad el mas precioso elemento de conservación, y deja obrar á la naturaleza en el ejercicio de las fuerzas corporales; pero dirigiendo suavemente su accion, hace que todo en ella se proporcione á la carrera de cada uno: no lleva la iniciativa en la moda; pero es la única que ha sabido unir y combinar con la hermosura de las formas exteriores la noble ingenuidad de la inocencia y el encanto indefinible de la virtud.

No dirémos que solo ella es capaz de decir al hombre lo que debe hacer para conservarse; pero sí, que es la única que posee los medios de hacer efectiva la verdadera teoría de la conservación. Se culpa demasiado al clima, á los alimentos, á las destemperanzas de la atmósfera, cuando se buscan las causas que debilitan las fuerzas, menoscaban la salud y aceleran la muerte; pero no se reflexiona que, si vieran á este proceso todos los datos que supone indispensablemente un sabio y equitativo fallo, mas de una vez brillaria la inocencia de todas estas cosas, al aparecer de tantos vicios secretos y públicos también, á los cuales toca la mayor parte en la obra funestísima de la destrucción de la vida. Desengañémonos, hai en la filosofía tan-

ta presuncion como impotencia, y nada puede haber que la sea tan desfavorable, como la perspectiva penosa de la nulidad de sus esfuerzos para la conservacion y desarrollo del hombre físico, despues de haber concentrado en la materia todo el objeto de sus conatos y el vário sistema de su accion. Pero vengamos á la parte literaria.

VII.

La educacion literaria exige estímulos para el estudio, medios de perfeccion, direccion en el uso y aplicacion de los conocimientos, discernimiento y tacto para mantener con los hombres ese comercio de luces, en que por falta de educacion literaria, pretenden algunos condenar á los otros á pagarles el pesado tributo de la paciencia y del sufrimiento que son indispensables para tolerar al hombre enciclopédico, al vano discurreidor, al sabio presuntuoso, al que de todo se precia, ménos de hablar cómo y cuando conviene. Una emulacion bien sostenida que tenga por basa el conocimiento del mérito ageno que se trata de aventajar, y nunca la rivalidad y la envidia; un sistema de recompensas en que se estime mas la benevolencia que el don, y en que la gratitud del recompensado cierre todas las puertas al orgullo; una estimacion de los conocimientos y de los talentos en que no se rehuse la que se debe al concurso de la fe y á la superioridad de las virtudes; máximas importantes sobre la conducta que debe seguirse en la vida literaria; ensayos frecuentes que faciliten su práctica: he aquí los puntos capitales que debe abrazar en materia literaria un buen sistema de educacion.

Ya veréis en primer lugar, que las letras, por decirlo así, necesitan, igualmente que los hombres, de un sistema de educacion. Los mas grandes conocimientos serán inútiles, por no decir perniciosos, si no se apoyan en la moral; pero nunca tendrán esta basa, si no la buscan en la religion. Hai vicios y pasiones propias del literato, y vicios y pasiones mas tenaces, y por ventura de mayor consecuencia, que las del vulgo. El orgullo, la vanidad, el zelo, la rivalidad, la envidia, no conocen mas que un freno, y ya supondréis que este freno no se labra por cierto en los talleres de la filosofia. Si Sócrates dijo que todo lo ignoraba; nos vemos acaso mui tentados á creer, que el filósofo ateniense estaba ménos ocupado de su ignorancia, que atento á los

avances del orgullo filosófico de los otros. La verdadera modestia es hija legítima de la humildad, así como esta preciosa virtud es una creacion exclusiva de la religion. Desde el conocimiento de sí propio hasta la negacion de sí mismo hai la misma distancia que del entendimiento al corazon. Pero aun aquella ciencia importantísima que inflamaba tanto los deseos de la sábia antigüedad, no llegó á franqueársele nunca, ni habria tal vez aparecido, si no hubiese brillado en el teatro de la filosofia la luz que preparaba el Verbo para ilustrar al hombre desde su arribo á la existencia. Esta preciosa educacion que la Iglesia da, engendra dos nobles aspiraciones en el alma de un literato: primera, la de estar siempre consagrado á los triunfos de la verdad; segunda, la de no estudiar para sí mismo, sino para llenar el deber eminentemente social de ser útil á los otros. No bosquejaremos el cuadro de un literato tal como le moraliza la filosofia; pero si llamáremos nuestra atencion hácia la conducta social de esas antorchas clarísimas que han sacado su luz de la grande escuela católica. Recordemos lo que fueron para la sociedad los Padres de la Iglesia, y la conducta social que ha distinguido á tantos sabios eminentes á la par por su ciencia que por su virtud. Grato fuera para nosotros admirar los mas insignes monumentos que descuellan en el teatro de la sabiduría eclesiástica, donde vemos que el genio mas fecundo, el talento mas precoz, la erudicion mas prodigiosa y el gusto mas delicado, ocupan el segundo rango, adunándose todos para servir de brillante cortejo, no á la urbanidad filosófica, sino á la modestia ingenua, á la humildad cristiana. Pero esto seria la materia de un libro, y nosotros estamos sujetos á límites mui estrechos. Sin embargo, no concluiremos sin tributar aquí un homenaje al incomparable mérito del Cisne de Cambrai. Este Pontífice ocupaba la atencion del mundo cuando tuvo que luchar en la region del misticismo con la águila de Meaux. Pero habló Roma; decidió la célebre cuestion; y el grande hombre, el eminente literato, el sabio consumado, el filósofo profundo, el orador insigne, el poeta esclarecido, Fenelon, olvidando al parecer toda su gloria literaria, sin apercibirse siquiera de todas las sociedades que sobre él tenian clavada su vista, se presenta en la cátedra de la verdad, lee él mismo la sentencia que condena su libro, somete toda su razon á este fallo, y le condena él á su turno, empleando su autoridad para impedir la lectura de un libro que habia sido el fruto de sus estudios, sus meditaciones y sus vigílias. ¡Admirable triunfo de la educacion católica! ¡poder sublime

sobre sí mismo, que solo la religion cristiana es capaz de comunicar!

Dejemos pues á la filosofia y á la política del siglo agotarse en invenciones, y variar como los calendarios sus planes de educacion. La Iglesia debia moralizar al mundo, y no pudiendo llegar al corazon, sino por el camino del entendimiento, comenzó por obligar á los grandes y á los sabios á descender á la region de los pequeños: la empresa era árdua; pero la sabiduria quedó vencida; y este sacrificio, tan grande en sus principios, ha perdido ya este carácter, digámoslo así, desde que los sabios han conocido por experiencia propia, que con rendirse á la fe y someterse á la moral, no hacian mas que cambiar una chispa de inteligencia por un astro que ilumina los mundos, y una pretension vanidosa por un título imprescriptible de felicidad y de gloria.

Pero, ¿porqué medios la Iglesia desarrolla un influjo tan prodigioso, hasta el extremo de producir estos cambios inauditos en los primeros sabios del mundo? No es este por fortuna un secreto cuyo descubrimiento empeñe demasiado los recursos de la inteligencia. Todo consiste en que la Iglesia entiende que, si al recibir en sus colegios á la juventud, hubiera de ceñirse á inculcarla los principios de las ciencias, léjos de hacer un bien positivo á la sociedad, precipitaria el mayor de los males sobre su constitucion, y haria un perjuicio irreparable aun al mismo sistema de los conocimientos. Ilustrando el entendimiento, se sirve continuamente del gobierno de la voluntad, proveyéndose de antemano de todos los correctivos precautorios contra la inaccion, el desconcierto y la vaguedad de las facultades del espíritu, moralizando las ciencias y uniendo constantemente en la práctica la enseñanza con la educacion. Pero sin advertirlo, nos encontramos ya en el caso de hablar sobre el tercer punto, en que ya se trata de la educacion por excelencia, de la educacion moral.

VIII.

Instruir el entendimiento con la exposicion frecuente de la doctrina católica, mover la voluntad con la moral y el ejemplo, regenerar la conciencia con la aplicacion de la gracia: he aquí, bien lo sabemos, el principio que gobierna la accion del cristianismo y el tema universal de la educacion eclesiástica. ¿Qué puede apetecerse para la mas perfec-

ta formacion del hombre social, que no facilite un sistema donde aparecen reunidos los documentos de la religion, las máximas de la moral y el ejercicio práctico de la virtud? ¿Se trata por ejemplo de los miramientos y consideraciones reciprocas y diversas que se deben los hombres? La doctrina cristiana fija y establece todas las relaciones sociales, y pocas líneas de su pequeño libro bastan á un niño para reconocerlas, distinguiendo con maravillosa exactitud las diferencias que debe observar en su trato con sus mayores, sus iguales y sus inferiores. ¿Se trata de la moderacion en sus palabras? Esta sabia doctrina le prescribe la mas rigurosa sobriedad, y le pide cuenta de todo aquello que no puede colocarse entre lo útil ó lo necesario. ¿Se busca la modestia del porte, la decencia, el aseo &c. &c.? La lei que él aprende levanta sobre la humildad el edificio de las virtudes, somete á un riguroso deber la limpieza del cuerpo y la del alma, y condena todas aquellas cosas que pueden hacernos insoportables ó molestos para los hombres con quienes tratamos.

Si de la doctrina pasamos á la persuasion, que mueve la voluntad, ¿qué resortes pudiera envidiar la religion á la filosofia? La persuasion filosófica descansa en los puros actos externos; la persuasion religiosa se lamenta de no haber conseguido nada mientras no produce la reforma del hombre interior. Tal es el carácter de la persuasion cristiana. Los motivos que la determinan se refieren todos á la necesidad gloriosa de conservar inalterables las relaciones en que se halla cada uno con el Autor de la naturaleza y con el resto de los hombres; los medios que la impulsan son precisamente los temores sobrenaturales, las esperanzas eternas, las inspiraciones generosas y augustas del amor divino.

No se trata pues de una persuasion estéril, tampoco de producir instantáneamente en favor de una idea feliz un movimiento fugitivo: se trata de radicar profundamente en el alma las inclinaciones benéficas, de colocar la piedad entre nuestros sentimientos mas caros, de inscribir la virtud al frente de nuestras necesidades mas imperiosas, mas irresistibles y mas dulces. ¿Designio sublime á la verdad; pero inaccesible al poder mezquino y precario de esa filosofia que todo pretende sacarlo de su propio fondo!

El conocimiento perfecto del hombre interior es indispensable para la formacion perfecta del hombre exterior; y este conocimiento solo ha podido entrar en el cómputo de la educacion religiosa. ¿Podria adquirirse, por ventura, esta